

A continuación el representante de Daimiel pidió la desautorización del informe de la Junta Central de la Asociación nacional de Viti-viticultores e Industrias derivadas del vino y un voto de censura para la misma, por haber aconsejado al Directorio el empleo del alcohol industrial en el encabezamiento de los vinos y la fabricación de licores, siendo acordado por aclamación y con el aplauso general.

Asistieron a esta Asamblea los representantes de «La Unión de Viticultores» de Cataluña, que estuvieron acertadísimos en sus disertaciones, y durante las cuales recogieron muchos aplausos.

Por último, se acordó seguir en la Mancha la conducta de los vini-viticultores de Cataluña y Rioja, esto es, celebrar asambleas en los principales puntos productores, en pro de sus sagrados intereses.

A la Asamblea de Alcazar celebrada el domingo seguirán la del lunes en Socuéllamos, martes en Villarrobledo, miércoles en Manzanares, viernes en Valdepeñas, sábado en Daimiel y lunes en Madrid.

Suponemos que el sábado no faltará en el Teatro Ayala ni un solo daimieleño que posea una cepa y sea amante de su patria chica, pues a dicha asamblea han prometido su asistencia los representantes de la Unión de Viticultores de Cataluña, y podremos apreciar todos la benemérita labor de estos apóstoles PRO VIÑA.

Nosotros esperamos que la hospitalaria ciudad de Daimiel ha de corresponder con la hidalguía de siempre a tan cortés visita y patriótica labor.

D.

## MADRIGAL

Para Conchita....

Este vate peregrino  
para tu rostro ideal  
quiere rimar su más fino  
Madrigal.

Soñó que fuese armonioso  
como tu voz musical  
y cual tu paso, quedoso,  
de cristal.

Y que brillase la gracia  
y toda tu aristocracia  
de rubí.

¡Aún con esas ilusiones  
qué obscuras son sus canciones  
para tí.

*J. Bordonado Chapela.*

## Crónica de Madrid

Pasó el buen reinado de Momo, y, enterrada la sardina, resucita el abadejo.

Muchos forasteros de los pueblos inmediatos, que vinieron a presenciar las fiestas de la Locura, ya han regresado a sus casas para volver a las tareas ordinarias, dicho sea sin faltar.

En los pasados días se han divertido de lo lindo, y ahora se despiden llorosos de su patrono, que suele haberlo sido honorario, esto es, gratuito respecto de huésped.

¡Adiós, D. Cástor—suele decir el forastero a su amigo, dándole un fuerte abrazo con grave detrimento de la levita, recién planchada y limpia con bencina.— No olvidaré el ratito del baile ni aquella careta que yo confundí con el alcalde de mi pueblo. El año que viene no faltaré; verá usted cómo nos divertimos.

Y el pagano, desasiéndose de los brazos de su amigo, le dice:

—Ya lo creo, hombre; por esta vez ya estamos divertidos; pero el año que viene pienso adelantar la Cuaresma dos semanas.

—¿Cómo?

—Pues que yo mando en mi casa, y el que venga aquí desde mañana, ayuno forzoso.

En las casas de huéspedes de veras, vamos, en esas que pagan o deben pagar contribución, la época cuaresmal está en su apogeo.

El salado bacalao, en sus más variadas formas, la brecolera y demás hortalizas en sus múltiples manifestaciones, y el ayuno en sus terribles crueldades, se han presentado más amenazadores que el antiguo cilicio y las redentoras disciplinas.

No es, pues, extraño que haya pupilos que renieguen de la patrona, y que hasta salgan desesperados a la calle y empuñen el paraguas de un conocido para irse a comer una chuleta al primer fondique donde guisen carne.

Ni me extraña tampoco que luego vean en la calle una muchacha y se les figure un solomillo y piensen para sus adentros, sin acordarse de que llueve: ¡Qué rica! Me la comería con muchísimas patatas.

Esta es la época en que bastantes maridos se ven precisados a engañar a su esposa, y no por deslealtades de amor, sino por amor al estómago.

Sé yo de un distinguido profesor que en su vida había comido fuera de casa y que ahora no prueba bocado, en ella, y su señora anda preocupadísima pensando que su esposo quiere suicidarse por hambre.

Y este sujeto come todos los días en casa de un amigo, enemigo del vegetalismo, y cuando en su casa le dice la criada: «¡Señorito, a la mesa!», nuestro hombre pone una cara digna de Caronte, y exclama:

—Id vosotros y que Dios os lo tome en cuenta.

C.

